

Melissa apaga el despertador, que a menudo podía sonar durante horas sin lograr despertarla.

Lo primero que hacía siempre era mirar la hora y respirar hondo al comprobar que no llegarían tarde ni ella al trabajo ni los niños al colegio, luego saltar corriendo de la cama y prepararse un café con los ojos aún cerrados.

Permanecía dormida aún unos minutos frente a la cocina hasta que el silvido de la cafetera marcaba el momento de levantar definitivamente los párpados y enfrentarse a la realidad.

Todo aquello resultaba una tortura diaria, pero estaba acostumbrada, lo mismo que a criar a sus hijos siempre corre que te corre, agobiada pero en el fondo feliz.

Su secreto sin dudas era el café, ese brebaje turbio que la ponía espídica cada mañana, pero sin el cual no sería capaz de sostenerse en pie.

Reconocía que para ella se trataba de una adicción porque cuando se iban a Marruecos de vacaciones era consciente de los efectos tan nocivos que producía la abstinencia en su cuerpo y en su alma.

Se mantenía fiel a su droga porque le parecía que la vida consistía en soportar un sufrimiento constante y combatir un cansancio permanente con una sonrisa en los labios.

Conocía además a muchas mujeres cuyas vidas eran aún mucho más perras que la suya.

Si su madre se había ido de Cuba en busca de una vida mejor, y no lo había conseguido, no era plan de restregárselo a la pobre por las narices.

Por eso trataba de llegar viva al final del día, para llamar a su progenitora y asegurarle que se encontraba bien, ya que para ella vivir consistía en dar la vida y las gracias a quien nos la ha proporcionado.

Por ese motivo aguantaba todo y más, como el hecho de que su marido hubiera pasado una vez más la noche fuera de casa.

Aunque se hacía la tonta, conocía muy bien todos y cada uno de los asuntos turbios en los que estaba metido, desde el tráfico de hachís hasta que le gustaba irse de putas.

Su hermano le había contado que más de una vez que lo había visto solicitar los servicios de las jovencitas de la calle Montera.

Y aunque él tampoco le había precisado por qué demonios se encontraba allí, como desde que era pequeño le había visto utilizar los productos cosméticos de su madre, suponía que además de un erudito era travesti.

Ella, aunque podía parecer una mujer de lo más vulgar, comprendía todo porque su corazón era inmensamente grande y carecía de prejuicios.

Árabes, cristianos, ricos y pobres, eran iguales frente sus ojos puros y llenos de amor hacia los demás.

Quizás en eso radicaba el secreto de su felicidad.

Con tomarse cada mañana un café tenía suficiente para afrontar todas las vicisitudes cotidianas, y por eso comprendía también a los que fumaban porros o se atiborraban de cocaína y alcohol.

La vida era igual de dura para todos, y sin drogas, o la más fuerte de todas ellas, el amor, se volvería insoportable.

Lo que ya no le parecía tan bien era lo de que ir a comprar sexo fuera teniéndolo en casa, así que las cosas no iban a quedar así.

Esa mañana, por mucho que el encargado le echara una bronca de tres pares de tetas, ya que era domingo, se merecía un descanso.

Así que apaga el despertador sin temor a dormirse de nuevo.